

BALANCE DE LAS TACTICAS MODERADAS EN ESPAÑA

POR

FRANCISCO CANALS VIDAL

Un balance supone un conocimiento detallado de muchas realidades, en este caso de muchas etapas y momentos de la historia de España en las que se ha dado, en lo cultural, en lo religioso y en lo político, un predominio al «centrismo» o «moderantismo», entendidos como táctica.

Esta exposición, en el contexto de una reunión que se ocupa de la «contrarrevolución», se ha de centrar, desde luego, en el plano político. Además, dada la complejidad y la larga historia de esta sucesión de actitudes, sería imposible aludir a todas ellas como base previa para la formulación de un balance. Hemos escogido un particular momento histórico, aquél en que por el pensamiento político «ilustrado» se prepara el camino a lo que se llamaba entonces «justo medio», y hemos escogido para acercarnos a su análisis, la obra de un escritor carlista catalán poco conocido pero muy valioso: Vicente Pou.

Antes de entrar en este análisis convendrá formular unas observaciones previas y sugerir el recuerdo de algunos acontecimientos de algún modo y en algún grado conocidos por cuantos se preocupan de la historia y de la actualidad política españolas.

La moderación y su modo de pertenecer a la virtud moral.

Se habla a veces inexactamente y de un modo desorientador de las actitudes moderadas y de la «moderación», en el contexto de la alusión clásica a la tesis según la cual «la virtud consiste en

el término medio». Cuando se habla así, creyendo apoyarse en la tradición más pura del pensamiento humano y cristiano, se desconoce a veces que la fórmula no es verdadera, sino respecto del término medio entre extremos viciosos —viciosos por deficiencia o por exceso— de las pasiones humanas en relación con todo aquello que ha de ser «ordenado» al fin. Pero la afirmación es falsa si se entiende del orden mismo del apetito o la perfección y bien en cuanto tal.

La virtud no es una «mediocridad». No es prudente el cobarde, aunque éste llamará siempre temerario al valiente y le acusará de imprudencia. La prudencia es la virtud del entendimiento práctico que elige debidamente lo que ha de ser ordenado al fin, en orden al fin mismo. Muchas veces la prudencia no puede darse sin arrostrar grandes dificultades y exponerse a la acusación y al desprestigio por parte de los hombres que no sienten de modo ferviente y sincero el anhelo del bien. Es notable que aquellos Papas que en la edad moderna han sido elevados a los altares, y en los que se ha reconocido por la Iglesia la prudencia en grado heroico: San Pío V —que excomulgó a la Reina de Inglaterra— el Beato Inocencio XI —que se enfrentó a la monarquía de Luis XIV y reprendió severamente al episcopado galicano— y San Pío X —que condenó la Ley de separación entre la Iglesia y el Estado en Francia, condenó el «modernismo» y la desviación ideológica y práctica de *Le Sillon*— son las más de las veces juzgados imprudentes e inmoderados por muchos historiadores católicos.

La virtud no se define por la moderación en cuanto al fin honesto a que ha de subordinar «lo que al fin se ordena». Nadie diría que la «estudiosidad» ha de definirse como un moderado amor a la verdad; o que la veracidad o la lealtad consistan en la moderación en el hablar verdad o en el ser fiel a los amigos.

Las virtudes teologales, orientadas a Dios mismo como a fin, no consisten en un término medio: no hay que amar a Dios «moderadamente», sino con toda nuestra alma y todas nuestras fuerzas. No hay que ser «moderados» en nuestra confianza en la divina misericordia y en su poder salvífico, ya que «nunca se tiene dema-

siada confianza en Dios». Pero incluso las virtudes morales, por la razón dicha, vienen a ser «extremos» en el bien, frente a la deficiencia moral de los vicios deficientes o excesivos que no ordenan la vida al bien honesto humano.

Por esto el tema de lo que llamamos «tácticas moderadas» es un grave y profundo tema de moral política. Mi maestro el P. Orlandis hablaba del catolicismo liberal como «mal-minorismo», es decir, como la táctica que en nombre de que hay que acogerse al mal menor conduce prácticamente al olvido del bien a procurar en la vida pública.

Una larga sucesión de manipulaciones lingüísticas nos viene a la memoria, evocando actitudes y sentimientos que han impulsado y orientado en una determinada dirección a una serie de acontecimientos, auténticos dramas, tragedias en la historia de nuestra sociedad política: «ilustración», «doctrinarismo», «justo medio», «moderado», «posibilista», «mal menor», acatamiento al poder constituido, etc.

Todos nosotros recordamos haber vivido, según lo que ha sido posibilitado por nuestras distintas edades, o conocido por nuestras lecturas, el predominio de consignas que por cierto han llevado, en nombre de la moderación, a la actitud cerrada e intransigente contra toda afirmación consecuente y sincera de los principios. También hemos experimentado que tales actitudes han producido por lo general resultados opuestos a los previstos o proclamados por los propugnadores de las tácticas «moderadas».

Evocación de algunos momentos o procesos especialmente dignos de recuerdo.

Comenzando desde nuestros tiempos, y procediendo «regresivamente» en lo cronológico, podemos recordar con dolor aquellas manifestaciones multitudinarias contrarias al aborto o al monopolio estatal de la enseñanza, que presenciamos hace no muchos años en Madrid, y que ahora nos parecen muy lejanas en el tiem-

po, por haberse reblandecido notablemente nuestra capacidad de reacción y de indignación contra el mal.

Podemos recordar el constante «centrarse» de los partidos situados, o acusados de situarse, en la «derecha pura y dura»; la constante invitación a ser «inteligente» o «civilizada», hasta llegar a la desaparición de toda derecha afirmada como tal entre los partidos con presencia parlamentaria.

Podemos recordar la formación de la Unión del Centro democrático, por la coalición y la confluencia de los diversos moderantismos, incluido también el «social-democrático». La moderación de los malos principios suele ser muy eficaz para obrar el mal y debilitar el bien, mientras que la moderación en la afirmación de los principios buenos hace imposible la aplicación de éstos. El mal se produce por la carencia y privación del bien íntegro, mientras que el bien se constituye por la perfección íntegra de una realidad o acción.

Podríamos recordar la cancelación de los ideales de la cruzada con consignas como «el crepúsculo de las ideologías», el «Estado de obras»; la reivindicación de las ideas y de la política de los «ilustrados» españoles, la sustitución del recuerdo de la victoria en la Cruzada por la conmemoración de los «veinticinco años de paz»...

Podríamos hablar, refiriéndonos a los años de la segunda República, del «acatamiento» al poder constituido —traducción española del *Ralliement* francés, que combatió Eugenio Vegas Latapie— y cómo «no fue posible la paz». Podríamos hablar de toda la sucesión de actitudes iniciadas en torno a la polémica del «mal menor» y de sus precedentes en la instrumentalización política de la consigna de la «unión católica».

Podríamos buscar los antecedentes isabelinos de estas actitudes de los años de la restauración en la minoritaria corriente del «catolicismo liberal» español, que expresó en Barcelona Mañé y Flaquer, en el *Diario de Barcelona*, y que había sido también representado en algunos aspectos por el «tradicionalista filosófico» José M.^a de Quadrado.

Podríamos también, en este recorrido retrospectivo atrevernos

a discutir algunas actitudes de Menéndez y Pelayo, muy alejadas ya de los momentos de la «Historia de los heterodoxos españoles», y del «Brindis del Retiro».

Un contraste entre Menéndez y Pelayo y Balmes.

Escribió Menéndez y Pelayo en 1893, en un artículo sobre «Cuadrado y sus obras» (*obras completas*, X, pág. 22):

«Suscitada en 1845 a cuestión del matrimonio de la Reina, "El Pensamiento" (órgano de Balmes) y "El Conciliador" (dirigida por Cuadrado) pronunciaron sin embages el nombre de su candidato, el Conde de Montemolín; el proyecto fracasó y era inevitable que fracasase... dos años de lucha y dos periódicos no bastan para pacificar un pueblo perturbado y desquiciado por medio siglo de revoluciones y reacciones, a cual más sanguinarias e insensatas. La fusión dinástica fue rechazada por todo el mundo... y el proyecto de matrimonio tropezó lo mismo con la oposición de la Reina Cristina que con la de la familia proscrita».

He aquí un comentario característico de una historia ficticia, forjada imaginativamente al servicio de la descalificación del «extremismo» de la corriente y actitud tradicional concretada en el carlismo.

Leamos el comentario que hace sobre esta misma cuestión en su estudio sobre *Balmes, la seva vida, al seu temps, les seves obres* el P. Ignasi Casanovas (vol. II, pág. 549).

«Detengámonos un momento a preguntarnos cual fue el éxito de las campañas balmesianas en el campo carlista. Fue verdaderamente consolador y más extenso de lo que se podía esperar. Pensemos en lo que significa que un partido numerosísimo, que había luchado siete años con las tropas de Isabel; que no había sido vencido, sino traicionado, se aviniese a aceptar aquella misma reina y la llevase triunfalmente por aquellos campos ensangrentados del país vasco, donde yacían los padres, los hermanos y los amigos.

»Es preciso, pues reconocer que se apagó el incendio del odio, que se extinguieron y se atenuaron mucho las campañas de prensa, que toda la parte más ilustrada y dirigente del partido fue ganada a la causa de la reconciliación, que el matrimonio llegó a ser un verdadero ideal de la masa popular. Hay que hacer justicia a aquel partido heroico y generoso...

»Concluimos diciendo que Balmes perdió la conquista del partido moderado. Comparando los dos partidos, se ve la nobleza, la generosidad y el patriotismo del partido carlista, brillar gloriosamente sobre el fondo oscuro de egoísmos y malas pasiones que dominaron entonces en el partido moderado. El contraste es inegable y no sería justo atribuir el fracaso de aquel plan regenerador a una común obcecación o a una fatal inconsciencia de todos».

Aunque en el análisis del P. Ignasi Casanovas sobran algunas palabras, en especial el «entonces», ya que la intransigencia anti-tradicional es una constante del liberalismo moderado, y aún, y, en muchos casos, todavía más tensa en su aversión, en las tácticas moderadas de los «católicos», la fidelidad de la referencia histórica deja en evidencia el apasionamiento y la manipulación de la historia del texto del polígrafo santanderino, que al escribir aquéllo mostró bien su «antintegrista», bien propio de un defensor «alfonsino» de la «unión católica».

El nombre de Balmes ha servido muy frecuentemente como bandera para sermonear contra la «intransigencia» de los defensores de la Tradición, en nombre de la «reconciliación» y la «unión». Pero, a la vista del texto del P. Casanovas, y más aún ante la historia real, podríamos caracterizar a los tales sedicentes «balmesianos» como hombres que levantan mausoleos a los profetas mientras son ellos mismos descendientes de los que los habían perseguido y aniquilado.

Un gran pensador catalán desconocido: Vicente Pou.

El silencio que desde la Enciclopedia Espasa, hasta el «Diccionario de escritores catalanes» de Elías de Molins, o el «Diccionario hispanoamericano» de Muntaner y Simón, rodea el nombre

del catalán Vicente Pou (1792-1848) no es sino una comprobación singular y privilegiada de la trágica ley de sociología cultural según la historia la escriben los vencedores.

Melchor Ferrer, en su «Historia del Tradicionalismo Español» (tomo 18, págs. 111 y sigs.) habla de la obra: «La España en la presente crisis. Examen razonado de la causa y de los hombres que pueden salvar aquella nación» (publicada en Mon Perier en 1842 firmada con las iniciales D.V.P.) como siendo, con el libro de Magin Ferrer «Leyes Fundamentales de la Monarquía Española» y con «El protestantismo comparado con el catolicismo», las tres obras más importantes escritas en España en aquellos años sobre temas sociales y políticos.

Mis oyentes o lectores que quieran informarse sobre la gran figura de quien fue uno de los maestros de Jaime Balmes, auténtico precursor genial de su periodismo político, puede ver en la revista *Cristiandad* en su número 498-499, de agosto de 1972, un documentado trabajo de José M.^a Mundet titulado «Vicente Pou, un maestro de Balmes».

Acerquémonos, mediante una lectura atenta, al análisis que, durante el trienio liberal de Espartero, y escribiendo desde Francia, realizó el pensador carlista catalán sobre la situación de la política española, sus perspectivas de futuro, y las causas que habían motivado el hundimiento de la monarquía tradicional española a través del instrumento de la cuestión dinástica, efecto ella misma del pensamiento «ilustrado» de amplios sectores de las clases dirigentes españolas.

«Aún cuando Espartero caiga del puesto que indignamente ocupa, y suba en él un Príncipe cualquiera que bajo la influencia del partido dominante dé la mano a Isabel, ya sea un hijo del Infante Don Francisco de Paula..., la revolución caminará más o menos rápida a su término.

»Se pretende actualmente establecer como una verdad demostrada que el único gobierno posible capaz de dar la paz a España, y las convenientes garantías a Europa, es el del justo medio, o sea del partido cristino-liberal, en el que, dicen sus amigos, se halla reunido todo cuanto hay de ilustración, de nobleza y de poder en

la península. La causa de Carlos V pasa ya como desapercibida delante de los nuevos órganos de la opinión, quienes con una afectación insoportable quieren desviar de ella los políticos bajo el concepto de no haber ya que esperar ni temer nada de semejante causa ni de sus defensores.

«Dicen que el gobierno del justo medio es nacional en España...; y mientras aseguran que por el mismo está la inmensa mayoría, con todas las capacidades de un buen gobierno, se lamentan de que en 1840 cuatro miserables demagogos le arrojasen del poder».

Vicente Pou tiene un conocimiento lúcido de la realidad social catalana y discierne con ironía el malentendido, que ya entonces comenzaba a formarse en España, entre la que hoy llamaríamos clase política, sobre la apariencia de una hegemonía de los «moderados» en la vida política catalana. Los hombres que confiaron que Barcelona sería el sostén de María Cristina contra Espartero cayeron en este error:

«Piensan que Barcelona es el primer baluarte del Trono de Isabel y de la Regencia de su madre, y allí hallan su sepulcro, equivocando el espíritu público de la fuerza ciudadana de aquella populosa ciudad, con el de una pequeña fracción que desaparece el día del peligro».

En realidad, observa Pou, querían aquellos hombres hacer a su manera una «contra-revolución»; pero no podían contar con el pueblo, mayoritariamente carlista, o que en las grandes ciudades, en Barcelona en concreto, estaba ya contaminado por las ideas revolucionarias, y no había que esperar que apoyase la «reacción» de los moderados.

Su análisis sociológico le lleva a formular la tesis del «Examen razonado...» con estas palabras:

«Ruego los hombres imparciales que lean con calma las pruebas que produzco antes de juzgar de los tres siguientes asertos, por más que les parezcan aventurados: 1) Incapacidad política de los hombres del partido cristino-liberal para el gobierno de España. 2) Absoluta impotencia del mismo partido mayormente desde que pierde sus naturales aliados del progreso rápido. 3) Sólo la

causa de Carlos V es nacional en España, y la única que tienen en sí elementos suficientes para constituir un gobierno capaz de dar la paz a la nación y las convenientes seguridades a Europa».

Hallamos aquí afirmada una tesis característica de Vicente Pou, que advertía de modo muy clarividente un hecho que todavía el propio Balmes reconoció en muchos pasajes de sus escritos, aunque, por lo que veremos, vino a olvidarlo prácticamente en su actuación: este hecho es la alianza natural, fundada en una interna conexión de ideales y de pensamiento, entre el progresismo, el liberalismo moderado, y el despotismo ilustrado.

Decimos conexión de pensamientos e ideas, aunque se diesen contraste de intereses en algunos momentos. No olvidemos tampoco que la abolición de los mayorazgos mediante las leyes desvinculadoras, legislación anti-nobiliaria, creaba en muchos sentidos intereses entre las familias nobles, que veían entonces liberado por el estado su patrimonio del peso que lo ataba a la responsabilidad por la que «nobleza obliga».

La desvinculación aburguesaba a los nobles, mientras que las desamortizaciones eclesiásticas creaban una nueva burguesía inexorablemente atada al nuevo edificio político que se creaba a través de la sucesión femenina, y la derrota de la rama borbónica representante de la España antigua y tradicional.

La afirmación de este hecho se prueba mediante una observación aguda de la procedencia de la escuela del «justo medio» respecto de la «antigua escuela» que en el último tercio del siglo anterior fue creada por los Aranda, Campomanes y otros. Vicente Pou atribuye a esta herencia el «prurito de novedad, desdén por todo lo nacional, y espíritu de licencia, que cundiendo poco a poco por las clases ilustradas han preparado y hecho las sangrientas revoluciones en que ellos mismos se han hallado envueltos».

Describiendo Vicente Pou con intención precisa la intervención de aquellos hombres, procedentes del despotismo ilustrado y del afrancesamiento, en el planteamiento de la Pragmática sanción de 1830, observa Pou que «la revolución, naturalmente ingrata, ni por este beneficio, aunque grande, les perdonaría jamás el apoyo que por seis años estaban prestando a la monarquía ab-

soluta, y mucho menos los favores y distinciones que de la misma habían recibido».

Aquello que investigó con tan laboriosa tarea y documentación Federico Suárez Verdaguer en «Los sucesos de La Granja» es intuido, sin necesidad ni de matizaciones ni de subrayados enfáticos, por el pensador carlista catalán: durante la «década ominosa» la orientación política estaba en manos de hombres de la corriente ilustrada y afrancesada, hostiles a los sentimientos e ideas del pueblo «realista», opuestos a aquello por lo que había luchado España en la Guerra de la Independencia contra Napoleón.

Por esto el «absolutismo fernandino», como le llamamos ahora después de Federico Suárez, se continuó de manera coherente en el sistema de Zea Bermúdez:

«A estos hombres, instrumentos miserables de una mano cuyo impulso y dirección seguramente no comprendían del todo, sucedieron otros que debían perfeccionar la obra, los cuales alucinados con el primer suceso se lanzaron animosos en la arena para regir los destinos de la nación en su nueva carrera, y fijar el clavo que había de detenerla en el punto medio del descenso...».

El señor Zea Bermúdez se pone al frente y empieza a desplegar su nuevo sistema que llamaron del despotismo ilustrado.

«En un año minaron tan perfectamente el edificio social, desquiciaron todas sus piedras y columnas en tal disposición que un soplo bastara para derrocarlo y levantar otro nuevo, que pareciéndose al anterior en sus principales formas exteriores, tuviese todas las proporciones y quiméricas ventajas que reclaman el gusto y las ideas del siglo: semejante a un antiguo castillo que reedificado en su interior... conservara su frontispicio gótico y las inscripciones y relieves en la Edad Media en sus almenadas murallas...».

En esta situación ocurrió la muerte del Rey Fernando VII y en nombre de la Reina regente se dio el famoso manifiesto de 4 de octubre de 1833, en el que se pretendía asegurar que las instituciones antiguas no sufrirían menoscabo mientras se procuraba halagar a los liberales con las esperanzas de un porvenir capaz de satisfacer sus deseos... «y se aplaudía el reciente reinado de Isa-

bel como el principio dichoso de una Era nueva de luces, de reforma y de emancipación política y social».

La política resultante constituía un sistema que pretendía apoyar a todos los partidos mientras que no representaba a ninguno porque no era «ni monárquico ni republicano, ni absoluto ni representativo, ni religioso ni impío, sin principios fijos, sin antecedentes gloriosos». Para que el pueblo español aceptase aquella que podríamos considerar la primera imposición general de la «táctica moderada» había —observa Vicente Pou— que «trastornar primero todas las cabezas, cambiar todos los corazones, desarraigatodos los hábitos, los gustos y hasta los caprichos, o mejor diré era preciso refundir la naturaleza de los españoles».

Nuestros recuerdos más recientes nos llevan a reflexionar en que a los provocativos anuncios de que se formará una España a la que nadie podría reconocer —formulados desde la izquierda con radicalismo demagógico— habían precedido los hechos y procesos, entre sí conexos a través de décadas y aún de siglos, en los que aquél esfuerzo transformador había sido realizado desde el «centro» o también desde la «derecha», moderada y conformada a las tendencias de nuestra época, como se ha dicho siempre en estos casos.

La “natural alianza” y la función de las “clases acomodadas” e “ilustradas” en la Revolución.

El estudio atento del que fue maestro de Jaime Balmes explica, por una parte, los acertados juicios del pensador de Vic sobre el partido moderado o «conservador» como comenzaba a llamarse en su tiempo. «El partido conservador es conservador de la revolución», así resume Ignasi Casanovas el juicio de Balmes. Por otra parte, los análisis de Vicente Pou sobre la conexión ideológica y sociológica, de «sentido» y de «vivencia», entre el sector moderado del liberalismo, con sus raíces ilustradas, y el progresivo revolucionario, pueden explicar lo inevitable del fracaso del intento balmesiano de fusión dinástica.

Ciertamente ésta fracasó por la intransigencia de los «moderados» liberales, sin que pudiesen evitarlo la transigencia o moderación de muchos carlistas y del propio Conde de Montemolín, que firmó un manifiesto redactado por Balmes, o de Carlos V, que abdicó en su hijo siguiendo el consejo de Balmes.

Pero, más profundamente todavía, podríamos encontrar una explicación también sociológica e ideológica al fracaso de Balmes en su intento de conquistar a los moderados: como decía el P. Ramón Orlandis, el problema no era el matrimonio entre Carlos e Isabel, sino el matrimonio entre la España tradicional y la revolución liberal. Fue éste el que no fue posible, precisamente porque Jaime Balmes pensaba que no podía consolidarse en España el trono frente a la revolución sin apoyarse en el pueblo que había luchado, hasta no ser vencido sino traicionado, por el edificio tradicional de la monarquía española, en favor del que tenían por Rey legítimo y se titulaba Carlos V.

Es un error de perspectiva pensar en que en el «legitimismo» dinástico isabelino no había sino una perseverancia «monárquica» en la fidelidad a la hija de Fernando VII. La sucesión femenina se había planteado expresa e intencionadamente para cerrar el camino a quien representaba unos ideales y sentimientos de los que un sector muy influyente, concretado en la mayoría de la nobleza con título de Grande de España, se sentía apartada.

Este apartamiento y enfrentamiento a la tradición española se había expresado en contaminaciones de la ilustración y de la filosofía del siglo XVIII, e hizo posible el que en España se plantase el árbol revolucionario hasta arraigarse en etapas sucesivas y causar la guerra civil sucesoria de 1833-1840.

En los momentos de la muerte de Fernando VII había probablemente otro factor más ambiental y sociológico que ideológico, que reforzaba y generalizaba el influjo de aquella contaminación. Nos referimos a la admiración —que nos atreveríamos a llamar provinciana— de nuestra nobleza cortesana por los edificios políticos, de fachada monárquica, y de contenido revolucionario, de la oligarquía liberal inglesa que tomaba de nuevo el poder y se disponía a iniciar la era victoriana, y del reinado francés de la

burguesía, intentado por los «doctrinarios» durante la Restauración, e iniciado triunfalmente en julio de 1830.

En todo caso, los análisis de Pou obligan a reconocer la eficacia revolucionaria de muchas actitudes de la nobleza española. Tal vez sea conveniente meditar sobre esto, es una situación ya tan distinta en lo social y en lo cultural, pero situándonos en una perspectiva de validez permanente.

Donoso Cortés, el genial pensador español uno de los más profundos «teólogos» de la contrarrevolución, escribía en 26 de mayo de 1949 sobre la «ceguedad de las clases acomodadas» para comprender la verdad política. A esta ceguedad la califica allí Donoso Cortés de «incurable y sobrenatural».

Parece oportuno recordar este texto, por cuanto el temor de que una revolución perjudique los propios intereses de una clase dirigente, no suele ser nunca estímulo eficaz para movilizar a sus hombres al servicio del orden natural y cristiano. El egoísmo y la atención al propio interés inducen por lo contrario a la búsqueda del pacto y de la transigencia con los enemigos de la religión y de la patria. Tal vez sea el amor a las riquezas y el deseo de mantenerse en la cima social, el móvil más frecuente de la adopción de las «tácticas moderadas», y del consiguiente debilitamiento de la resistencia a las fuerzas destructoras.

Mi maestro el P. Orlandis decía que los «católicos liberales», y por tales tenía los «mal-minoristas», elegían en lo político al modo como en los Ejercicios de San Ignacio de Loyola eligen aquellos que se sitúan en el «segundo binario». Es decir, se pretende escoger la táctica moderada para mejor conseguir el «bien posible» y evitar «males mayores», se invoca el «realismo» y el «posibilismo», pero en el fondo se evita el riesgo y el sufrimiento, con frecuencia heroico, del esfuerzo sincero y real por el imperio práctico de la verdad política frente a la apostasía anticristiana revolucionaria.